

## Contra la confusión

ANTONIO GARCIA-TREVLJANO

«Delenda est»  
Estado

El sentido de la Historia se descubre a toro pasado. Y cambia de rumbo según la furia de la fiera que pasa. Cuando los Príncipes levitánicos racionalizaban la eficacia del Estado, los filósofos del absolutismo divinizaron la voluntad de aumentar la potencia del hombre artificial, que era el Estado, para proteger al hombre natural, que era el individuo. Se obsesionaron con la soberanía. Cuando los reyes ilustrados empezaron a gobernar con principios de razón natural, los filósofos del naturalismo vieron el sentido de la Historia en el paso desde el estado de naturaleza al de civilización. Y se empeñaron con la regeneración o renacimiento nacional y los derechos naturales. Cuando la Revolución francesa liberó a los individuos de sus antiguos lazos corporativos, los filósofos del Estado-sociedad civil y los del igualitarismo social confundieron el porvenir de la humanidad con el destino de la burguesía o de la clase obrera. Y se dejaron llevar por una dialéctica histórica que esperaban superar con una Constitución liberal o una Revolución socialista.

§

Pasados esos toros legendarios y, entre ellos, el mirhura de la Guerra Civil y el victorino de la Dictadura, cabe preguntarse por el sentido histórico de una transición que hasta ahora sólo ha manifestado síntomas destructivos del Estado nacional, sin dar señales de salud en la sociedad civil. La destrucción de la razón española, materializada en el Estado nacional, opera en tres frentes. Suárez convirtió un tema administrativo y de gobierno democrático en un problema de Estado, abriendo contra la razón nacional el frente de las razones autonómicas. Este frente avanza hacia la desigualdad regional. En su brumoso horizonte alborazan ya secesiones o federaciones inimaginables al inicio de la transición. Felipe, además de echar leña al fuego catalán en sus días de agonía, hizo de la integración monetaria europea la razón de ser o no ser de España como Estado soberano. La frustración ante la Unión Monetaria hará avanzar este frente hacia el no ser político de España. Pero donde Felipe logró aniquilar la razón estatal de la Nación española ha sido en el frente de la pura razón de Estado, a la que identificó con la razón criminal de su gobierno personal.

★

La llegada de Aznar al poder abrió el interrogante sobre el designio de su partido en la transición. Aunque procede del absolutismo dictatorial, pronto se vio que el PP no sólo no corregiría las desviaciones en los dos frentes corrosivos de la soberanía nacional, avanzando incluso más que Felipe en el de la insolidaridad regional, sino que se instalaba tranquilamente en la misma razón de Estado, contra los derechos naturales, y anteponía el encubrimiento de los criminales de Estado a toda idea ilustrada de regeneración o de renacimiento nacional. Para no parecer un partido conservador del resultado acumulado en doscientos años de dialéctica entre la sociedad y el Estado, el PP abre un nuevo frente despatrimonializador de la potencia del Estado. Y no en beneficio de una burguesía nacional, como en la desamortización de manos muertas, sino del capitalismo apátrida poseedor de títulos de la deuda pública, a cuyo través está en manos vivas el patrimonio nacional del Estado. ¿Qué genial Cambon ha previsto el destino final de esta removilización de capital inmobiliario e industrial del Estado? ¿Y por qué no el de la Corona? Si lo único que preocupa es la transparencia operativa, la honradez personal se hará instrumento servil de la vileza de una sociedad política que, para seguir pastoreando a la civil, prefiere diezmar al Estado antes que democratizarlo.

## TRIBUNA LIBRE

Entre fanáticos  
e insumisos

[ALBERTO PIRIS]

**A**LGUNAS reflexiones sobre el servicio militar y la defensa —a raíz de las sorprendentes propuestas de reducción y supresión de la «mili» que acaba de efectuar el Gobierno de Aznar— rozan muy a menudo la más estridente irracionalidad. Valgan como ejemplo dos casos recientes. Por un lado, el pasado 16 de junio, un concejal que, no habiendo realizado en su tiempo el servicio militar por quedar excedente de cupo, se prestó voluntario a jurar bandera por retrasado, decía exultante por la radio que tal ceremonia «era lo mejor que tenemos los españoles». Fascinante exageración, motivada al parecer por su incapacidad para asumir con naturalidad la emoción transmitida por un acto militar, con arenga, desfile, capellán, bandera, banda y música. Por otro lado, un joven radical insumiso, en reciente mesa redonda que compartimos amigablemente, con su mejor buena voluntad, pretendía convencerme de la inmediata desaparición de todo lo que oliese a milicia y guerra, ejércitos incluidos, en cosa de unas horas a partir del momento en que se pusiera en práctica el sencillo programa político por él propugnado, que se materializaba más o menos en la expresión siguiente: ¿y si hubiera guerra y no fuese nadie?

Desde posiciones ideológicas tan poco matizadas, pero sin embargo más extendidas de lo que a primera vista parece, es obligado deducir que en España va a ser sumamente difícil debatir con ecuanimidad sobre hechos concretos —desde las posibilidades reales que tiene una sociedad como la nuestra para decidir sobre qué tipo de servicio militar es

deseable. A lo que se une ahora, por la fuerza de los acontecimientos, la discusión sobre cómo articular la defensa europea, cuál habrá de ser su vinculación con EEUU, la transformación de la OTAN y la incorporación de esas imprecisas misiones vagamente llamadas «humanitarias» a las tareas habituales de los ejércitos. Cuestiones todas ellas lo bas-

la imposibilidad de un ejército profesional arguyendo que no habrá jóvenes en cantidad suficiente para nutrirlo, cuando se piensa erróneamente que los soldados han de renovarse anualmente en tal tipo de ejército o que éste forzosamente habrá de ser tan desproporcionadamente voluminoso en efectivos como el actual.

Apenas se ha analizado fríamente cuántos soldados de Tierra, Mar y Aire necesita España para afrontar lo que ahora puedan ser sus necesidades básicas de defensa y sus compromisos internacionales. O qué grandes unidades de combate, servicios logísticos, armamentos y equipos son indispensables para atenderlas, y en consecuencia llegar a una idea aproximada sobre el número de soldados. Aún más increíbles parecen a veces algunos razonamientos teóricos sobre la perversidad de los mal llamados «mercenarios», o el pretendido igualitarismo del servicio militar obligatorio, hasta el punto de que uno cree estar leyendo textos del primer tercio del siglo pasado. Hay que insistir, al respecto, en que todos los cuadros militares profesionales, según esos conceptos, tendríamos que ser tenidos por «mercenarios», y lo mismo lo serían todos los funcionarios del Estado que cobran un sueldo por ejercer una función que éste ha de desarrollar al servicio de sus ciudadanos.

La función de la defensa militar está gradualmente equiparándose a otras funciones atendidas por el Estado, al paso de los siglos, y está perdiendo aquella antigua cualidad de ser única y exclusiva, base de la supervivencia del Estado, en la que se fundamenta gran parte de su mitificación y privilegios, a medida que las naciones se fusionan y los órganos supranacionales van adquirien-

No es preciso ser  
un experto para  
saber que un  
soldado no se  
forma en seis  
meses

de tanto arduas y enrevesadas como para que, encima de todo, se añada un velo de fanatismo o patriótica exageración. Es así que, desde muy diversos puntos de vista, se está empezando ya a bombardear a la opinión pública española con extraños razonamientos, que a veces rozan el absurdo.

No es preciso ser un experto militar para saber que en seis meses no se hace un soldado, no se instruye y se prepara a un combatiente. Una «mili» de medio año de duración podrá tener sustanciosos resultados electorales, pero no va a llevar hacia unos ejércitos más eficaces. Igualmente absurdo resulta fundamentar

## CARTAS

Las cartas enviadas no excederán de veinte líneas. Pueden enviarse por correo, por fax (Tel: 586 48 48) o por correo electrónico (E-mail: mundo @ dial.uninet.es)

El cierre del «Ya»  
y papel del Comité

Sr. Director:

La destemplada respuesta de Miguel Revuelta, presidente del Comité de Empresa del Ya, a mi artículo «Un funeral laico para un periódico católico», publicado en estas páginas, me obliga a aclarar algunas cosas. La primera de todas es que mantengo la tesis de que las causas de la muerte del periódico de la Editorial Católica vienen de lejos y son muy complejas. Hay responsabilidades empresariales, políticas, eclesiásticas y también sindicales. Conside-

ro que fue un desacierto el giro a la derecha de la línea editorial del Ya en los años 80. La segunda aclaración es más personal, pero, por lo visto, necesaria. Mi solidaridad con la larga y agónica lucha de los trabajadores del Ya, suficientemente demostrada, es compatible con mis discrepancias con determinados comportamientos del Comité y con el papel incomprensible que ha jugado en el cierre del periódico el presidente del mismo. Es decir, el Ya no es —no era— sólo el Comité y mucho menos Miguel Revuelta. Ni la dignidad de la lucha sindical se reduce a una actuación tan discutible, coronada de fracasos. Es decir, los sindicatos son más que este Comité y, desde luego, mucho más que Miguel Revuelta y sus métodos sistemáticos de descalificación

de los discrepantes. A mí mismo me califica de ignorante, pero sé mucho más de lo que él se imagina. Ya lo verá. En fin, sin rencor ni parcialidad, como decía Tácito, estoy dispuesto a hablar del futuro de este histórico periódico, a la vez que reitero mi total solidaridad con los trabajadores, verdaderas víctimas de los manejos de unos y de otros. Abel Hernández Madrid.

\*

La sangre de  
las africanas

Sr. Director:

Quiero por medio de estas líneas dirigirme al colaborador de su diario, el señor don Jaime Peñafiel, a propósito de su columna del pasado 9 de junio, y en concreto al comentario titulado «Monjitas Cachondas», para

asegurarle que mi mujer, que es africana (de Camerún), no tiene la sangre más caliente ni más fría que la suya, por increíble que pueda parecer. Carlos Arrieta Casas Móstoles (Madrid).

\*

Una estafa  
televisiva

Sr. Director:

Considero un engaño mayúsculo el programa *La noche prohibida*, que emite una cadena privada y está presentado por José Coronado e Yvonne Reyes. Llevo como único reclamo el sexo, dando cabida en él a todo lo relacionado al mundo de la noche y a la gente que vive este ambiente. Presenta, bajo capa de novedad, toda clase de extravagancias sexuales, todas ellas tan vie-